

Inteligencia emocional: Una necesidad actual en el docente

■ ■ Pablo Cervantes Martínez*
■ ■ Angélica Murillo Garza**
■ ■ Leticia Serna Niño***

Según la UNESCO “la educación del siglo XXI debe de contribuir a que haya más y mejores sentimientos de humanidad en el mundo actual que se encuentra en plena mutación” (citado por Scott, 2015, p.2).

Pero, ¿qué se ha hecho al respecto en el ámbito educativo para contribuir con dicho propósito?, ¿por qué al parecer la violencia se está apoderando del ser humano y más en lo particular de nuestros alumnos? La respuesta, de manera evidente, tiene que ver con un concepto conocido por muchos docentes pero desarrollado por pocos llamado *inteligencia emocional*, el cual fue utilizado por primera vez en 1990 por Peter Salovey y John Mayer, aunque vino a ser Daniel Goleman, en 1995, quien lo diera a conocer públicamente definiéndolo como: “La capacidad de reconocer los propios sentimientos y los de otros, de motivarnos nosotros mismos y de administrar bien las emociones en sí mismos y en las relaciones con el prójimo” (Chabot y Chabot, 2009, p.80).

Y es precisamente en este sentido de llevar la inteligencia emocional a las escuelas, aunque de manera no muy ordenada, como se pretende apoyar el propósito tan trascendental enunciado por la UNESCO, promulgándose leyes, como la publicada por el estado de Nuevo León en el *Periódico Oficial* no. 82 del día 1 de julio de 2013, para prevenir, atender y erradicar el acoso y la violencia escolar, o bien implementándose, en los últimos años, programas a nivel local¹ y nacional² para educación básica, con manuales para los docentes, tratando de buscar una convivencia escolar sana, pacífica y libre de violencia.

Cuando hablamos de que se ha llevado de una manera no muy ordenada, nos estamos refiriendo a que si bien, estas aportaciones incluyen temas referentes a la inteligencia emocional, pareciera que éstos se constituyen de una manera aislada, perdiendo totalmente el sentido de que la inteligencia emocional puede ser desarrollada.

*Doctor en Educación, con licenciatura y maestría con especialidad en matemáticas. Se desempeña como investigador en la ENSE. Cuenta con 43 años de servicio docente y ha sido reconocido con las medallas “Maestro Rafael Ramírez” y “Maestro Manuel Altamirano”. Ha laborado en todos los niveles educativos. Ganador del “Premio a la Excelencia Educativa” y el “Reconocimiento a Perfil Deseable PRODEP”. Correo: transfinitumpa20@yahoo.com.mx ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0001-9928-5920>

**Doctora en Ciencias de la Educación, postdoctorado en “Las nuevas tendencias y corrientes integradoras del pensamiento y sus concreciones”. Catedrática de la ENSPMSG, investigadora perfil PRODEP, socia de número en la SNHGE, integrante del equipo editorial Eduardo Ruiz-Healy Times y de consejos editoriales a nivel nacional e internacional. Correo: mes.mle.angelicamg@hotmail.com ORCID ID <https://orcid.org/0000-0002-5708-428X>

***Doctora en Investigación e Innovación educativa y maestra en Educación Media, con especialidad en Física y Química. Impartió clases en primaria y secundaria. Catedrática de la Escuela Normal Superior “Prof. Moisés Sáenz”, desde 2007 y de su Escuela de Graduados. Fue secretaria administrativa y subdirectora académica de la Escuela de Graduados y ha sido autora y coautora de diversos artículos publicados en reconocidas revistas. Perfil deseable PRODEP. Correo: lsernan@normalmsg.edu.mx



La inteligencia emocional ayuda a mejorar la relación docente-alumno

1 “Programa Convive y Aprende en una escuela segura”, 2014, del Estado de Nuevo León.

2 “Programa Nacional de Convivencia Escolar (PNCE), 2016.

Lo anterior es la principal causa de que el docente siga con la idea de que lo más importante lo representa el desarrollo cognitivo de sus alumnos, olvidándose por completo de la dimensión emocional, porque al fin de cuentas es lo que les permitirá el éxito escolar, sin reflexionar en que la inteligencia cognitiva no garantiza el éxito en nuestra vida cotidiana, más aún, ella no facilita el ser felices (Fernández y Extremera, 2002).

Ahora bien, con lo que expresamos no estamos diciendo que apoyamos la idea de que lo emocional sea más importante que lo cognitivo, sino más bien que entendemos que son complementarios y que deben ir de la mano en cuanto a su desarrollo si lo que queremos es cumplir con lo que dicta nuestro artículo 3° Constitucional, en la búsqueda del desarrollo armónico de todas las facultades del ser humano.³

Pero, ¿cómo pedirle al docente que dé lo que no posee?, o más bien, ¿cómo pedirle que utilice sus conocimientos y habilidades sobre inteligencia emocional, como le solicitan los manuales mencionados, para desarrollarla en sus alumnos, si las habilidades correspondientes no se le han permitido desarrollarlas, independientemente de que sí posea conocimientos al respecto?

Y es que, sin descubrir el hilo negro, la mayoría de los docentes sabemos que la violencia que el alumno manifiesta, ya sea en su casa, en la calle o precisamente en la escuela, tiene que ver con un mal manejo de sus emociones. Entonces, el docente debe ser orientado correctamente en el desarrollo de este tipo de inteligencia, para que el logro con sus alumnos, en este espacio emocional, nos lleve a esos mejores sentimientos de humanidad, que nos darán una verdadera convivencia sana, pacífica y libre de violencia en las escuelas, sustentado en el desarrollo armónico de todas las facultades del ser humano, pues como citan Martín y Boeck (1997): “Los alumnos que tienen profesores inteligentes, desde el punto de vista emocional disfrutan asistiendo a la escuela, aprenden sin pasar miedo alguno y van edificando una seria autoestima. Pero, sobre todo, la postura humana del profesor trasciende en ellos” (p.181).

Sin lugar a dudas, la experiencia profesional nos muestra que en un salón de clase, o más bien,

en un día de trabajo en el aula, es imposible evitar que surjan manifestaciones emocionales tanto positivas como negativas de parte de los alumnos, así como del mismo maestro, y es que el trabajo con personas resulta ser una de las actividades con mayor desgaste emocional, donde en muchas ocasiones, quien tiene la responsabilidad del grupo, reacciona de manera no muy adecuada ante las situaciones provocadas por los alumnos, resultado de un desconocimiento sobre el manejo emocional (Ayala, 2010).

Lo enunciado nos lleva a la reflexión final de nuestro comentario sobre la necesidad que tiene el docente de desarrollar este tipo de inteligencia, para poder abordar y resolver los conflictos que de esta índole están apareciendo en nuestra sociedad actual, de manera cada vez más aguda y que afectan, sin lugar a dudas, el desarrollo de nuestros alumnos en todos los sentidos, pues como citan Cabello, Ruiz y Fernández (2010) “los docentes con una mayor capacidad para identificar, comprender, regular y pensar con las emociones de forma inteligente, tendrán más recursos para conseguir alumnos emocionalmente más preparados y para afrontar mejor los eventos estresantes que surgen con frecuencia en el contexto educativo” (p.44).

Referencias

- Ayala, F. (2010). *La función del profesor como asesor* (3a ed.). Trillas.
- Cabello, R., Ruiz, D. y Fernández, P. (2010). Docentes emocionalmente inteligentes. *Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 13 (1), 41-49.
- Chabot, D. y Chabot, M. (2009). *Pedagogía Emocional: Sentir para Aprender*. Alfaomega.
- Fernández, P. y Extremera, N. (2002). La inteligencia emocional como una habilidad esencial en la escuela. *Revista Iberoamericana de Educación*.
- Martín, D., y Boeck, K. (1997). E: Q: ¿Qué es la Inteligencia Emocional? Edaf.
- Scott, C.L. (2015). *El futuro del aprendizaje (i) ¿Por qué deben cambiar el contenido y los métodos de aprendizaje en el siglo XXI?* Investigación y Prospectiva en Educación UNESCO, Paris. Documentos de Trabajo ERF, No. 13

³ Artículo 3° Constitucional Mexicano, párrafo segundo.